

no eran frases, sino pensamientos puros que me llegaban transmitidos en directo, más allá de las palabras.

Así el camino de iluminaciones, contemplaciones y reflexiones metahistóricas se completó con viajes, encuentros y pláticas transfísicos.

El espíritu de nuestro siglo no tardará en preguntar: «Supongamos que lo que el autor califica de experiencia sea cierto para el sujeto que lo haya vivido. ¿Pero puede tener una importancia objetiva mayor que la “experiencia” de un habitante de hospital psiquiátrico? ¿Dónde están las garantías?»

Es raro: ¿acaso para todos los fenómenos de la vida espiritual, de la cultura espiritual, pedimos garantías? Y si no para todos, ¿por qué para éstos precisamente? No pedimos a un pintor o compositor que garantice la “autenticidad” de sus intuiciones musicales o visiones pictóricas. Tampoco se garantiza la transmisión de una experiencia religiosa y, en particular, metahistórica. Sin garantías, creará en la experiencia del otro quien tenga un alma al menos en parte consonante; no creará y pedirá garantías, y si las recibe tampoco las aceptará, quien no sienta su alma afinada a ello. Sólo la ciencia insiste en la obligatoria aceptación de sus testimonios, olvidando que a menudo sus conclusiones de hoy son derribadas por las del día siguiente. Son ajenas a esta obligación, infinitamente libres en su interior, otras esferas del espíritu humano: el arte, la religión, la metahistoria.

20/09/54  
8/89 h.

## I

### CONCEPCIÓN DE PARTIDA

#### 1. Multiplicidad de capas

Nuestra capa física –concepto equivalente al del Universo astronómico– se caracteriza, como se sabe, por tener un Espacio de tres coordenadas y un Tiempo de una sola dimensión. En la terminología de la Rosa del Mundo esta capa física se denomina **Enrof** \*.

En la arena de la ciencia y la filosofía modernas, aún se sigue debatiendo si Enrof es infinito o no, en el espacio; si es eterno o no, en el tiempo; y si abarca al cosmos en su totalidad, agotando con sus formas todas las de la existencia.

El descubrimiento de la antimateria, la aparición desde el supuesto vacío físico de nuevas partículas materiales que permanecían en un mundo de energía negativa, es una constatación experimental de que en Enrof existe un océano de partículas de materialidad diferente. Estos hechos son hitos en el lento camino que la ciencia atraviesa, desde las

---

\* Estos vocablos, y muchos otros que se usan aquí por primera vez o con un nuevo significado aportado, han de ser consultados en el breve glosario al final del libro. (N. del T.)

primeras nociones del materialismo clásico, hasta llegar a otras que difieren tanto de éstas últimas como de las posiciones de la vieja filosofía idealista. Es muy probable que la confusión aportada a dicha problemática por los adeptos de la filosofía materialista, al afirmar que todos sus adversarios sólo machacan en lo ya sabido del idealismo, sea uno de los métodos en la última batalla que libra la conciencia materialista antes de ir cediendo una posición tras otra, aún afirmando que no ocurre otra cosa que lo previsto por los clásicos del materialismo.

Será muy curioso, en particular, ver qué artimañas usará esta filosofía en un futuro próximo, cuando, presionada por los hechos, tenga que introducir en el ámbito de sus conceptos el de antimateria.

Las ingenuas tesis del materialismo elaboradas en estadios anteriores de la ciencia –la primacía de la materia sobre la conciencia, o que todo el Universo es cognoscible a la vez que infinito y eterno– pueden mantenerse aún en circulación sólo a duras penas, gracias a la injerencia de fuerzas más relacionadas con el sistema policial que con la filosofía. Sin embargo, muchas tesis de las religiones clásicas no resisten un examen de la ciencia moderna en la misma medida. Pero el nuevo conocimiento metahistórico y transfísico, aunque no abarque la esfera de los conocimientos científicos, en el fondo no contradice a la ciencia en nada, y en ciertos temas anticipa sus conclusiones.

El concepto de multiplicidad de capas del Universo es básico para la comprensión de la Rosa del Mundo. Queremos que se entienda por “capa” un mundo material cuya diferencia física fundamental con otros se limita al distinto número de coordenadas espaciales o temporales.

Coexisten a nuestro lado, por ejemplo, capas contiguas cuyo Espacio mide las mismas tres coordenadas, pero cuyo Tiempo posee no una, como el nuestro, sino varias dimensiones. Significa que en semejantes capas el Tiempo corre en varios flujos paralelos de ritmos diferentes. Un suceso ocurre, en tal capa, de forma simultánea en todas sus dimensiones temporales; pero el centro del suceso se halla en una o dos de ellas. Claro que no es fácil imaginar todo esto de modo sensible. Los habitantes de estos mundos, aunque actúen en una o dos dimensiones temporales, existen en todas y, por tanto, tienen conciencia de todas ellas.

Esta simultaneidad de existencias brinda una sensación especial de vida pletórica que nosotros desconocemos.

Me adelantaré algo en mi exposición para agregar que, por el contrario, un gran número de coordenadas temporales combinado con sólo una o dos espaciales causa sufrimientos a los habitantes de tales capas. Es como sentir limitación de medios, arder de rabia e impotencia, recordar posibilidades atractivas imposibles de aprovechar allí. Algunos definirían tal estado en Enrof como “comerse las uñas” de ansiedad, o como el suplicio de Tántalo.

Salvo contadas excepciones, como es el caso de Enrof, el número de dimensiones de tiempo supera –en mucho– al de las espaciales. Parece que **Shadanakar**\* no tiene capas con más de seis dimensiones espaciales. Sin embargo, el número de las dimensiones temporales alcanza en las capas superiores de la *branfatura* la inmensa cifra de 236.

Sería incorrecto pensar –extrapolando las particularidades específicas de Enrof a otras capas– que todas las barreras que separan una capa de otra sean, inevitablemente, tan poco permeables como las existentes entre Enrof y las capas de otras dimensiones. Por cierto, hay barreras que delimitan una capa con menos permeabilidad todavía, aislándola de las demás con mayor densidad. Pero éstas son pocas. Predominan grupos de capas en cuyo interior el tránsito de una a otra no exige del ser su muerte, o una difícilísima trans-formación material, como sucede en nuestro caso, sino únicamente ciertos estados internos especiales. Las hay, también, donde el paso a capas vecinas no requiere mayores esfuerzos que, digamos, el de pasar de un país del Enrof terrenal a otro. Varias capas como estas forman un sistema. Mentalmente, suelo definir cada uno de estos sistemas de capas, o sucesiones de mundos, con el término hindú de **sacuala**.

\* El cosmos planetario constituye un conjunto de capas de materialidad diferente, con variado número de coordenadas espaciales y temporales, pero todas ellas vinculadas con la esfera del planeta. Multitud de cuerpos celestes poseen semejantes sistemas poderosos que se denominan branfaturas. La branfatura de la Tierra se llama Shadanakar. (N. del T.)

Además de sacualas existen también capas solitarias como Enrof. Algunas capas, o sacualas enteras, difieren entre sí por el carácter de la extensión de su espacio. No todas, ni mucho menos, poseen extensión cósmica como Enrof. Aunque cueste imaginarlo, muchas extinguen su espacio en los límites del Sistema Solar. Otras resultan aún más locales: parecen encerradas en los marcos de nuestro planeta. Muchas ni siquiera se vinculan al planeta en su conjunto, sino sólo a uno de sus estratos o zonas físicas. Se entiende que estas capas no tienen nada que se parezca a un firmamento.

Enlazadas por procesos metahistóricos comunes, y provistas –en su mayoría– de cierta pareja de polos espirituales en pugna, todas las capas de cada cuerpo celeste forman un enorme sistema en íntima interacción, es decir, una branfatura. Algunas de ellas tienen un mínimo de capas, pero otras cuentan con varios cientos.

Además de Shadanakar, que hoy posee en total 242 capas, en el Sistema Solar existen actualmente branfaturas del Sol, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, Luna, así como de algunos satélites de grandes planetas.

La branfatura de Venus se encuentra en estado embrionario. Los demás planetas y satélites están tan muertos en otras capas como en Enrof. Son ruinas de branfaturas muertas y abandonadas por todas las *mónadas*, o jamás han sido branfaturas.

Unos sistemas materiales –de capas múltiples y en cierto grado análogos a las branfaturas pero incomparablemente más colosales– abarcan algunos grupos estelares; por ejemplo, la mayoría de las estrellas de Orión o el sistema de Antares, estrella doble con muchos planetas. Son más colosales aún los sistemas de las galaxias y de todo el Universo. Se trata de macrobranfaturas. En algunas el número de capas heteromateriales es enorme: hasta 8.000.

Las macrobranfaturas no tienen nada parecido a la materia extremadamente enrarecida del llamado “vacío cósmico” de Enrof.

Es fácil entender que la comprensión de las macrobranfaturas no está al alcance ni siquiera de las almas humanas más grandes que habitan actualmente en Enrof; y nadie puede obtener ningún dato concreto sobre ellas de manera directa, sino únicamente en presentimientos remotos.

Tales datos nos llegan a veces desde altos espíritus de Shadanakar, inmensamente más grandes que nosotros, y sucede por mediación de los amigos invisibles de nuestro corazón. Pero incluso tales informaciones son en extremo difíciles para nuestra percepción. Me fue casi imposible comprender el extraño y doloroso mensaje de que, en la macrobranfatura de nuestra Galaxia, existe cierta capa material con espacio pero sin tiempos: una especie de agujero en el Tiempo que no obstante posee movimiento en su interior. Es el lugar donde penan grandes demonios, el reino de la negra eternidad, pero no en el sentido de un Tiempo que dura infinitamente, sino de ausencia de todo tipo de tiempos\*. Tal eternidad no es absoluta, porque el Tiempo puede surgir también allí; y es esto, precisamente, una de las tareas de los inmensos ciclos del devenir cósmico. Porque sólo con la aparición de los tiempos se podrá liberar, de ese infierno galáctico, a los grandes sufridores allí confinados.

Moléculas y ciertos tipos de átomos integran sistemas diminutos –microbranfaturas– y la existencia de algunos de ellos en el tiempo es infinitesimal. Pero son mundos bastante complejos; téngase en cuenta que las partículas elementales son seres vivos, algunas de ellas dotadas de libre albedrío y bastante racionales. Pero contactar con las microbranfaturas o, menos aún, penetrar en ellas de forma personal y directa, es de hecho imposible. Actualmente ningún ente en ninguna capa de Shadanakar es capaz de ello: por ahora ni siquiera está al alcance del Logos Planetario.

Sólo en las macrobranfaturas de la Galaxia actúan espíritus de poder y magnitud tan increíbles que pueden bajar al mismo tiempo a multitud de microbranfaturas. Para ello, el espíritu debe –manteniendo su unidad– “encarnar” de manera simultánea en millones de estos mundos

---

\* Apuntaré, de paso, que la diferencia entre las dos acepciones del término “eternidad” ha sido muy poco concienciada hasta ahora por nuestro pensamiento filosófico.

minúsculos, manifestándose en cada uno de ellos en toda su plenitud aunque en unidades de tiempo infinitesimales.

Siempre hablo de capas que son, de una u otra manera, materiales; porque capas espirituales como tales no existen. La diferencia entre el espíritu y la materia es más una cuestión de estadios que de principios, aunque el espíritu es creado sólo por Dios –emana de Él– y las materialidades (materias físicas diferentes) son creadas por las mónadas. El Espíritu en su estado primario, sin envoltura alguna que podríamos calificar de material, representa cierta substancia que –sólo como primera aproximación– podemos comparar con una energía sutilísima muy difícil de imaginar. Son espirituales sólo Dios y las mónadas, infinidad de supremos Yo engendrados o creados divinamente, unidades espirituales indivisibles que difieren entre sí en grado de su magnitud potencial innata, inagotable diversidad de sus vestiduras materiales, y caminos de su vida.

Una mónada muy elevada puede estar aquí, allí, en muchos puntos del cosmos al mismo tiempo, pero no es omnipresente. Y el Espíritu de Dios es en verdad ubicuo: permanece incluso allí donde no hay mónada alguna, por ejemplo en las ruinas de branfaturas abandonadas por todas las mónadas. Sin Él no puede existir nada, ni siquiera lo que llamamos materia física muerta, porque si el Espíritu de Dios la abandonase dejaría de existir por completo, y no sólo en el sentido de trasmutarse en otra forma de la materia, o en una energía, sino de desaparecer definitivamente.

## 2. El origen del Mal. Las leyes mundiales. El Karma.

Si enfocáramos el mito de la rebelión y caída de Lucifer aplicado a la historia espiritual de Shadanakar perdería su sentido. En la metahistoria de nuestro planeta jamás ha ocurrido acontecimiento alguno que pudiera reflejarse en los hechos de aquel mito.

Sucedió una vez, hace muchísimo tiempo, algo diferente que se conserva como recuerdo –aunque muy distorsionado– en otros mitos, en la leyenda de la rebelión de los titanes, por ejemplo, tema que detallaremos más en otra ocasión. Y en cuanto a leyendas relativas a la rebelión y caída de Lucifer, esto sucedió otrora en el plano universal, a escala de la macrobranfatura que engloba al Universo y cuya magnitud supera todas las categorías de nuestra razón. Ocurrió lo que, una vez llevado por los videntes de la antigüedad al plano de los conceptos humanos de la época, se refundió en aquel mito.

Los conceptos de la época se extinguieron, nuestras ideas han ampliado inmensamente su escala, y si ahora queremos captar en este mito la semilla genuina e inmortal de la idea, hemos de descartar todo lo aportado por la época y detenernos sólo en el hecho central que este mito sostiene.

Es natural que, en aquella época, hasta la conciencia de los más sabios distara tanto de las nociones actuales sobre los volúmenes y la estructura del Universo que el conocimiento de lo universal –filtrado en su conciencia gracias a esfuerzos de los amigos invisibles de sus corazones– resultara aplastado, comprimido en el estrecho casco de sus experiencias empíricas y de su intelecto potente pero no enriquecido ni utilizado aún. No son más fáciles, por cierto, las tareas de quien hoy intenta expresar en conceptos y términos humanos el misterio universal de la rebelión de Luzbel. Este intento tendría dos fases: primero, buscar en el océano de nuestros conceptos los más afines para expresar esta realidad del más allá; y segundo, buscar en nuestro idioma locuciones capaces de reflejar, de alguna manera, aquellos conceptos tan fugaces.

Esta labor depende del crecimiento orgánico tanto de la personalidad como de su experiencia universal. No puede forzarse al antojo. Aún me siento en el inicio de esta labor. Por eso no puedo hablar de los sucesos universales de este orden sino constatando meramente un hecho otrora acontecido:

En el abismo inmemorial de los tiempos, cierto espíritu, uno de los más grandes, que llamamos Lucifer o Luzbel, se apartó de su Creador para formar otro universo según su propio diseño, manifestando así

el libre albedrío inherente a cada mónada. A él se sumaron muchas otras mónadas, grandes y pequeñas. Así fue como comenzaron a edificar otro universo en los marcos de éste. Intentaron crear mundos pero éstos resultaban frágiles y sucumbían porque las mónadas apóstatas, al rebelarse, rechazaron el amor, el único principio que une y cimienta.

El plan universal de la Providencia conduce a multitud de mónadas a la unión suprema. A medida que suben los peldaños de la existencia se perfeccionan las formas de su unión, y así se acercan cada vez más en el amor a Dios y en el mutuo. Y cuando cada una se sumerge en el Sol del Mundo y con-crea con Él, se logra la unión más perfecta: se fusiona con Dios sin perder, por ello, su Yo singular.

El designio universal de Lucifer es contrario. Cada una de las mónadas que se sumaron a él lo hizo sólo en alianza provisional, convirtiéndose en su potencial víctima. Cada mónada demoníaca –desde las más grandes hasta las más pequeñas– acaricia la ilusión de ser el señor del Universo; la soberbia le dice que en potencia es la más fuerte de todas. Le guía una especie de “imperativo categórico”, en cierta medida expresado por la fórmula: *estoy Yo y está el no-Yo; todo el no-Yo ha de ser Yo*. En otras palabras, todo y todos ha de absorber este Yo único, en autoafirmación absoluta.

Dios se brinda a Sí mismo; mientras que el principio antidivino quiere devorarlo todo. Por ello es más que nada *vampiro y tirano*. De ahí que la tendencia tiránica no sólo sea inherente a cualquier Yo demoníaco sino que constituye su rasgo inalienable. Por ello las mónadas demoníacas se asocian provisionalmente, pero en el fondo son rivales a muerte. Con la toma de un poder local por un grupo de ellas se revela esta contradicción, comenzando la lucha recíproca e imponiéndose la ley del más fuerte.

La lucha cósmica es trágica para los demonios, porque el Señor crea nuevas y nuevas mónadas y los demonios no pueden crear ninguna, y la correlación de fuerzas crece sin cesar en perjuicio de éstos. No se cometen nuevas caídas ni se cometerán jamás, de ello hay garantías absolutas, y lamento profundamente que la excepcional dificultad del problema me impida encontrar la serie de conceptos necesarios para exponerlo con la mínima claridad. En cualquier caso, todas las mónadas

demoníacas tienen un origen muy antiguo, todas son participantes remotos de la gran rebelión.

Por cierto, sucedieron posteriormente y suceden ahora actos que, sin ser caídas, se les asemejan en lo externo: un ente altamente consciente, a veces hasta un grupo de ellos, se opone temporalmente a la Voluntad Providencial. Pero no es la mónada que opta por oponerse a Dios, sino el “yo” inferior, anímico, limitado por la conciencia. Por ello, su obra teoclasta no transcurre en el mundo espiritual sino en los mundos materiales sujetos –por voluntad de los propios demonios– a la ley del castigo. De este modo, la rebelión es condenada de antemano y quien la comete emprende un largo camino de expiación.

Poco a poco, en el curso de la lucha, las fuerzas demoníacas empezaron a darse cuenta de la esterilidad de sus intentos por crear un universo propio. Mientras seguían fundando mundos aislados y hacían esfuerzos increíbles por afianzar su existencia, se plantearon otro fin: apoderarse de mundos ya existentes o creados por las Fuerzas Providenciales. No buscan destruir mundos sino adueñarse de ellos, pero la destrucción de mundos es una consecuencia objetiva de tal conquista. Carentes del principio unitivo de amor y con-creación, sólo cimentados por el contradictorio principio de la violencia, los mundos no pueden existir durante un largo lapso.

Hay galaxias que se destruyen. Y cuando las observaciones astronómicas de las nebulosas extragalácticas abarquen un período más largo que ahora, la ciencia entreverá los procesos de estas catástrofes mundiales. Hay planetas muertos o agonizantes: Marte, Mercurio, Plutón, son ruinas de branfaturas; todas las mónadas de Luz fueron expulsadas de estos sistemas caídos bajo el dominio demoníaco, y luego se produjo la catástrofe final. Las huestes demoníacas se vieron agitando desamparadas por el espacio mundial, en busca de un nuevo objeto a conquistar.

Pero existen macrobranfaturas y galaxias enteras que las fuerzas del Rebelde no han podido invadir. Dentro de nuestra Galaxia, un sistema totalmente liberado de los principios demoníacos es Orión, macrobranfatura de poder increíble de la Luz espiritual. El que observe en un reflector la gran Nebulosa de Andrómeda, verá con sus propios ojos otra

galaxia que jamás ha conocido invasiones demoníacas. Es un mundo que del principio al fin sube por los peldaños de beatitudes en aumento. Entre millones de galaxias del Universo no son pocos estos mundos, pero nuestra Galaxia, lamentablemente, no figura entre ellos. Precipitados hace mucho de la macrobranfatura del Universo, las fuerzas del Rebelde libran –en los mundos de nuestra Galaxia– una lucha sin tregua ni reposo contra las fuerzas de la Luz, lucha que adquiere millones de formas.

Shadanakar es también escenario de esta batalla. Se convirtió en tal escenario en tiempos remotos, cuando la Tierra en Enrof era un globo medio incandescente y otras capas de Shadanakar, que todavía eran contadas, sólo se creaban por las grandes jerarquías de macrobranfaturas. Allí no existía la ley de la alelofagia (ingestión mutua): allí, en los mundos de entes que hoy conocemos bajo el nombre genérico de ángeles, reinaba el principio del amor y la amistad para todos. Tampoco existía la ley de la muerte: cada uno pasaba de una capa a otra mediante una trans-formación material, libre de sufrimiento y con posibilidad de retorno. En aquellos mundos, que por entonces sólo tenían tres dimensiones de espacio, y eran por lo tanto casi tan densos como Enrof, no existió, empero, la ley del castigo: los errores cometidos se enmendaban con ayuda de las fuerzas superiores. Destellos de recuerdos sobre ello –elevados desde los acervos de la memoria profunda a la conciencia de los sabios antiguos, pero rebajados y simplificados– llegaron a cristalizar en la leyenda del paraíso perdido. En realidad no fue un paraíso sino una alborada maravillosa que no brilló sobre el Enrof terrenal, carente, a la sazón, de la vida orgánica, sino sobre un mundo que hoy se denomina Olinra. Brilló y se conservó en la memoria de pocas mónadas humanas que posteriormente no vinieron a Shadanakar, como la mayoría, sino que habían comenzado allí su camino en tiempos anteriores, no en Enrof, sino en la Olinra angelical. Esta comunidad de protoángeles puede llamarse, en cierto sentido, la primera humanidad de Shadanakar.

Un gran demonio, colaborador de Lucifer, invadió Shadanakar con hordas de demonios menores. Su nombre es Gagtungr. Fue una lucha larga y tenaz, finalizando con su triunfo parcial. No logró expulsar de

la branfatura a las fuerzas de la Luz pero creó varias capas demoníacas y las convirtió en ciudadelas inexpugnables. Logró inmiscuirse en el proceso de eclosión y evolución de la vida en el Enrof terrenal y dejar su impronta en el reino animal. Se distorsionaron al máximo las leyes planetarias, con cuya ayuda las fuerzas de la Luz empezaban a crear la vida orgánica en Enrof. Es falso y sacrilego atribuirle a la Deidad las leyes de la alelofagia, del castigo y de la muerte.

«Dios es Luz y no hay en Él tiniebla alguna.» De Dios sólo es la salvación. De Él sólo la alegría. De Él sólo la gracia. Y si las leyes mundiales nos impresionan con su crueldad, es porque la voz de Dios se eleva en nuestra alma contra la obra del Gran Verdugo. La lucha mutua de las mónadas demoníacas, el triunfo del más fuerte y no del que tiene más razón, la precipitación del derrotado al abismo de tormentos, es ley de las fuerzas luciferinas que se estampó en la fisonomía del mundo orgánico de Enrof, expresándose aquí en la ley de “la lucha por la supervivencia”.

Todo sufrimiento de un ser, todo dolor o pena que padezca, genera efluvios, tanto aquí en Enrof como allí, en los mundos de las postrimerías\*. Cualquiera sentimiento, cualquier conmoción de su entidad anímica, no deja de producir un efluvio correspondiente. Los efluvios de la rabia, el odio, la codicia o lujuria de los animales y hombres, penetran en las capas demoníacas para reponer la pérdida de fuerzas vitales en diversas clases y grupos de sus moradores. Pero estos efluvios bastan para reponer las fuerzas perdidas sólo en algunas comunidades demoníacas. En cambio, el efluvio del sufrimiento y el dolor –llamado *gavvah*– es capaz de saciar a multitudes gigantescas de demonios, casi de todos los tipos y rangos.

En esencia, *gavvah* es su alimento. Al imponer su garra en las leyes de Shadanakar, Gagtungr las torció para generar y multiplicar el

\* Por el término de “postrimerías” se entiende, en este libro, el estado por el que transitan –tanto en su camino descendente como ascendente– las envolturas sutiles de la mónada después de que muere el cuerpo físico. (N. del T.)

sufrimiento. Las hizo crueles, penosas, insoportables. Impidió que se instaurara en Enrof la ley de la trans-formación. Como resultante de los dos principios en pugna, surgió la muerte, y ésta se hizo ley. Impidió el principio de la amistad universal, y como resultante de las dos fuerzas surgió la alelofagia que también se hizo ley de la vida. Por fin, las fuerzas demoníacas se entrometieron en la vida de otras capas de Shadanakar por las que transitaban los entes que han encarnado al menos una vez en el Enrof terrenal: estas capas fueron convertidas en mundos de castigo donde reinan verdugos, embebiendo el sufrimiento de los atormentados.

Entre los diversos tipos de gavvah, posee especial importancia el relacionado con la efusión de sangre física. Cuando la sangre humana o animal sale del organismo, en los primeros momentos despiden un efluvio ardiente de especial intensidad. Por eso a algunas clases de demonios no les interesa tanto la muerte de seres vivos de Enrof o que sus almas penen en la ultratumba, sino que prefieren derramamientos de sangre. En la historia jamás se ha derramado ni se derrama sangre sin que lo infundan estos vampiros del más allá, cosa de la que no tenemos conciencia.

Los sacrificios sangrientos de algunos cultos antiguos eran horribles, no sólo por su crueldad, sino porque alimentaron a estos demonios, no a los dioses, desde luego, como pretendían.

Para recuperar las fuerzas de la Luz, el Logos Planetario, primera y más grande mónada de Shadanakar, creó una capa nueva y dio inicio a una nueva humanidad. Se dejó Enrof para el reino animal y la nueva capa fue poblada por los *titanes*, de aspecto semejante al nuestro pero enormes y magníficos. Dentro de un mundo parecido a Enrof pero aún sombrío, sus figuras fosforescentes se movían bajo un cielo gris-azulado, plomizo, por las pendientes y laderas de montes desiertos, perfeccionándose. La humanidad de los titanes se calculaba en varios miles. No tenían sexo y el nacimiento de seres nuevos no se vinculaba de ninguna manera a la unión de dos mayores. Pero Gagtungr supo provocar su rebelión contra la Providencia. La idea consistía en que fueran semilla y núcleo del nuevo principio mundial, un tercer principio opuesto tanto

a Dios como a los demonios. Ansiaban la libertad absoluta para sus "yo", pero odiaban la rabia y la crueldad de los demonios. La rebelión terminó en que las fuerzas de Gagtungr aprovecharon la ley del castigo para arrastrar las almas de los titanes a los abismos de tormento. Allí penaron más de un millón de años hasta que pudieron salir del cautiverio, ayudados por las Fuerzas Providenciales. Ahora la mayoría de ellos hacen su camino en medio de la humanidad, destacándose sobre el fondo general por la magnitud de su persona y un colorido especial, sombrío, pero que nada tiene de tenebroso. Su obra creadora está marcada por un confuso recuerdo de la rebeldía contra Dios, y además parece chamuscada por un fuego antiguo e impresiona con su vigor. Su espíritu se distingue, de las mónadas demoníacas, por el empuje hacia la Luz, el desprecio de lo abyecto y la sed del amor divino.

En los últimos milenios antes de Cristo el poder de Gagtungr fue tan grande que, en las capas del más allá de muchas metaculturas de la humanidad, le fue quitado al castigo su carácter provisional. La salida de las zonas de sufrimiento se cerró herméticamente para los atormentados y se les privó de la esperanza.

Esta ley del castigo, ley férrea de causas y efectos morales, puede manifestarse también en esta vida; pero se manifiesta en toda su plenitud en las postrimerías, e incluso en las encarnaciones siguientes. Se puede utilizar el término hindú de **karma**. El karma es la resultante de dos voluntades opuestas, como lo es la ley de la muerte y la ley de la lucha por la supervivencia. Si las fuerzas demoníacas no encontraran la oposición constante de sus adversarios las leyes serían aun más penosas, porque el fin demoníaco de las leyes es generar el gavvah, paralizando al mismo tiempo las manifestaciones de las almas de Luz caídas en su poder.

---

\* Podría dar algunos de esos nombres entre las figuras de la cultura mundial: Esquilo, Dante, Leonardo, Miguel Angel, Goethe, Beethoven, Wagner, Ibsen, Lérmontov, León Tolstói.

Las leyes tienen también otro lado: su valor purificador. Es un vestigio de antiquísimas proto-leyes luminosas de las maravillosas jerarquías creadoras de los mundos. La meta de estas jerarquías y de todas las fuerzas luminosas de Shadanakar consiste en moderar e iluminar las leyes universales; la meta de las demoníacas es hacerlas aun más penosas.

El designio de la Providencia es salvar a todas las víctimas. El designio de Gagtungr es convertir a todos en víctimas.

La humanidad divinizada del siguiente período mundial será la unión voluntaria de todos en el amor. La humanidad diabolizada –parece que no se podrá evitarla a fines del presente período– será la tiranía absoluta de uno sobre los demás.

El cosmos es el campo de las mónadas en devenir. El anticosmos es la alianza universal de los rivales, y también el tropel de mónadas luminosas menguadas y apresadas en mundos dominados por los demonios. Estos cautivos han sido privados de su atributo más sagrado: el libre albedrío.

A Gagtungr no le turba que su magnitud sea inconmensurablemente más pequeña que la del Lucifer del universo: al igual que todas las mónadas demoníacas, cree que su pequeñez es sólo un estadio. La ciega fe en su ilimitado crecimiento y triunfo final es parte inalienable de su Yo. Así, cree firmemente en su futuro dominio macrogaláctico. Cualquiera de estas mónadas, por minúscula que sea en el momento actual, y por muy subordinado que resulte su lugar en la jerarquía de los rebeldes, piensa de igual manera. Por eso todas, incluido Gagtungr, no sólo son tiranos en ideal y en cada momento dado, sino también en cada estadio, en la medida que se lo permite el poder logrado en dicho estadio.

La tiranía provoca un efluvio tan abundante de gavvah como ningún otro principio conductor. Embeber el gavvah aumenta la reserva del poder demoníaco. Si el demonio repusiera sus fuerzas embebiendo otros efluvios psíquicos –de alegría, amor, abnegación, devoción religiosa, éxtasis, felicidad– ello regeneraría su naturaleza perversa y dejaría de ser demonio. Y esto es justo lo que no quiere. Con la tiranía, y sólo con

la tiranía, puede refrenar las fuerzas centrífugas dentro de las multitudes demoníacas a él subordinadas. Por la misma razón ocurren a veces en la metahistoria (y, de forma reflejada, también en la historia) actos de defección y rebeldía inversa, es decir, de algunas mónadas demoníacas contra Gagtungr. Tales rebeliones no pueden ser apoyadas por las fuerzas de la Luz, porque cualquiera de esas mónadas es en potencia el mismo demonio planetario; de ser más fuerte que Gagtungr lo superaría también en atrocidad.

No se olvide, por cierto, que no son raros los casos en que algunas mónadas demoníacas se rebelan contra el orden demoníaco del mundo en general. Estas rebeliones no son sino conversión de las mónadas demoníacas a la Luz, y claro que se les brinda entonces toda la ayuda posible por parte de las Fuerzas Providenciales.

Pese a su sabiduría satánica, los designios mundiales de Gagtungr son precarios, justamente debido a las causas señaladas, porque las probabilidades de someter a todas las mónadas demoníacas del mundo –y en un futuro al propio Lucifer– son para el demonio planetario infinitesimales.

Pero la pretensión insaciable al dominio universal es la única fuente de alegrías que él entiende: se alegra cada vez que un mínimo triunfo parcial le parece otro paso hacia la meta final. Dichos triunfos consisten en subyugar a otras mónadas o sus almas: las demoníacas, como mitad aliados y mitad esclavos; y las luminosas, como cautivas y objetos de tortura. Lo único que Gagtungr puede imaginar del futuro cósmico es a sí mismo como un cierto sol, en cuyo derredor incontables mónadas giran en círculos concéntricos y caen una tras otra por él devoradas. Y así, poco a poco, todo el Universo llega a girar en torno suyo, cayendo mundo tras mundo en esa hipermónada monstruosamente abultada.

La mente demoníaca es impotente para imaginar qué sería luego. Las mónadas menores no pueden ni siquiera esbozar esta apoteosis. Creyendo con firmeza en su triunfo final sobre el Universo, concentran su voluntad y pensamiento en estadios más próximos, más fáciles de imaginar.



### 3. El libre albedrío

Existe cierta prevención, cierta disposición especial de la mente propia de mucha gente en nuestra época, que induce a pensar que la religión priva al individuo de su libertad, le exige sumisión ciega a fuerzas superiores y hace que dependa plenamente de ellas. Y como éstas no son más que fantasmas, de hecho se consolida la dependencia hacia quienes desean explotar la ignorancia de las masas. En ello consiste la “esclavitud religiosa”, de la que la humanidad se libera por la ciencia y la filosofía materialista.

Disputar ese razonamiento significaría escribir un tratado con el fin de rebatir las bases de la filosofía materialista. Tales tratados ya están escritos, y si hasta ahora no se conocen suficientemente en Rusia se debe más a factores relacionados con la política que con la filosofía.

En cuanto a la afirmación de que toda religión exige sumisión a las fuerzas superiores, no hay duda de que algunas doctrinas religiosas, en efecto, predicaron la predestinación y la ausencia real del libre albedrío en el hombre; esto es un hecho y lo que menos quiero es ponerme a defender cualquier forma religiosa sin distinción. Pero extender este rasgo a toda la religión en general no es más lícito que afirmar, por ejemplo, que la literatura mundial es reaccionaria en su esencia; y aludir, como argumento, a algunos escritores y escuelas de corte reaccionario.

Quiero aclarar sin demora lo ilícito de semejante imputación para la concepción de la Rosa del Mundo.

Ante todo me permitiré expresar una afirmación: ninguna ciencia o filosofía (salvo el idealismo subjetivo) discute que la voluntad humana depende de multitud de causas materiales. La filosofía materialista insiste, en especial, en que la voluntad depende esencialmente de factores de orden económico. Pero nadie se indigna con esta limitación del hombre frente a la necesidad histórica y natural. Nadie protesta por el hecho de que el hombre sea esclavo de la ley de la gravitación, de la ley de la conservación de la materia, de la evolución, de las leyes del desarrollo

económico, etc. Todos entienden que dentro de estas leyes aún queda suficiente espacio para que se manifieste nuestra voluntad.

La presente concepción no añade un solo factor nuevo, adicional, a la suma mencionada de factores determinantes de nuestra voluntad. No importa su cantidad sino cómo se interpretan. Lo inmenso e infinitamente multiforme, que se une bajo la fórmula de “fuerzas superiores”, influye en nuestra voluntad no tanto con intervenciones sobrenaturales cuanto con aquellos grupos de factores, aquellas leyes de la naturaleza, de la evolución y otras, que hemos convenido ahora en considerar hechos objetivos y naturales. Estas series de hechos determinan, en gran medida, nuestra conciencia; y no sólo ella, sino también la subconsciencia y la supraconsciencia. De ahí vienen las voces de la conciencia, del deber, del instinto y otras que oímos en nuestro interior y que determinan visiblemente nuestra conducta. Éste es el mecanismo de comunicación entre las “fuerzas superiores” y nuestra voluntad.

Es cierto que a veces ocurren fenómenos que pueden parecer, subjetivamente, alteraciones de las leyes de la naturaleza por las “fuerzas superiores”. Los llaman milagros. Pero allí donde estos fenómenos suceden realmente no se trata, ni mucho menos, de la alteración de leyes naturales por la “arbitrariedad” de fuerzas superiores, sino de que estas fuerzas se manifiestan a través de una serie de otras leyes que aún ignoramos.

Lo que a menudo nos parece un móvil monolítico, sencillo e indivisible de nuestros actos, por ejemplo la conciencia moral, es en realidad un resultado muy complejo de diversos hechos. La conciencia moral es, básicamente, la voz de nuestra mónada. Pero su acceso a la esfera de nuestra conciencia se condiciona por la acción de otras circunstancias externas (por ejemplo algún suceso que nos ha empujado a oír esta voz de la mónada) que son manifestaciones de la Providencia, o acciones de las fuerzas de naturaleza Providencial.

Así pues, tres grupos de fuerzas predeterminan la elección del hombre: las Fuerzas Providenciales que usan, como instrumentos de sus fines, las leyes de la Naturaleza; las fuerzas demoníacas que usan las mismas leyes y las hacen cada vez más penosas; y la voluntad de nuestra

propia mónada, llevada al ámbito de nuestra conciencia por las voces del corazón y la razón, con ayuda de las Fuerzas Providenciales.

Por eso, independientemente de si consideramos a las leyes de la Naturaleza y la historia como necesidades mecánicas e inanimadas, o bien como un instrumento de ciertas entidades –espirituales o heteromateriales– vivas y personales, no disminuirá ni aumentará por ello el grado de nuestra libertad.

Por consiguiente el grado del libre albedrío humano, desde el punto de vista de la Rosa del Mundo, no es menor que desde el punto de vista del materialismo; pero los grupos de factores que lo determinan se interpretan de modo diferente y se delimitan con mayor precisión.

Y si al materialista no le ofende que nuestra libertad sea limitada por las leyes de la Naturaleza, absolutamente impersonales e inanimadas, ¿cómo puede humillarnos que limite nuestra libertad la voluntad de las Fuerzas Providenciales? Nos puede ofender sólo que nuestra libertad se limite por la voluntad de las fuerzas demoníacas; sí, nos ofende; pero son justamente estas fuerzas, nuestros enemigos de siempre, en cuya sujeción, conversión e iluminación está nuestra meta. Y dejaremos de sufrir este insulto sólo al hacernos inaccesibles a su acción.

La evolución de la vida mundial conduce a los grupos de entes desde el mínimo grado de libertad en sus formas más primitivas. La voz de la mónada casi no llega a la conciencia embrional de un microbio; y su conducta es determinada, principalmente, por las fuerzas demoníacas que actúan mediante las leyes de la Naturaleza usándolas como su mecanismo trasmisor. Los animales superiores ya son mucho más libres que un microbio. La amplitud de sus acciones arbitrarias es mucho mayor; y en el hombre crece incomparablemente.

Los adversarios de la religión señalan que ésta exige renunciar a la voluntad individual, que exige sumisión de nuestra voluntad a la Deidad. Y tienen razón respecto a ciertas religiones del pasado. Pero la Rosa del Mundo no es una doctrina religiosa del pasado. Es una doctrina religiosa y ético-social del futuro. La Rosa del Mundo no exige ninguna “sumisión” a la voluntad de Dios porque sólo vale lo que el hombre hace libremente, no a la fuerza.

No surgirán exigencias de sumisión servil de nuestra voluntad hacia Deidad alguna desde los santuarios de la religión final. De allí emanará el llamado al amor universal y a la libre con-creación con Dios.

El Señor es la aspiración excelsa, inmutable e inefable; es el poder creador del espíritu que actúa en todas las almas, que no calla ni en lo hondo de las mónadas demoníacas y que dirige mundos y mundos –desde microbranfaturas hasta supergalaxias– hacia algo más perfecto que el bien y superior a la beatitud. Mientras más alto es el peldaño de cada Yo, más plena es la coincidencia de su voluntad con la voluntad creadora del Señor. Y cuando el Yo, que comenzó su camino cósmico en las formas más primitivas de la materia viva, suba a los peldaños humanos, luego a demiurgo de pueblos, demiurgo de planetas y astros, demiurgo de galaxia, etc., llegará a sumergirse a través del Dios-Hijo en el Padre y su voluntad coincidirá plenamente con la voluntad del Padre; su fuerza con la fuerza del Padre; su imagen con la imagen del Padre y su creación con la creación del Padre.

La con-creación con Dios es la creación luminosa de todas las mónadas del flujo ascendente del Universo, desde el hombre, los elementales y los animales iluminados, hasta demiurgos de galaxias, gigantes de magnitud inefable. Es por ello que encontramos aquí con tanta frecuencia la voz “demiurgo”, bastante inusual en las religiones antiguas. Nosotros entendemos por demiurgos todas las entidades o seres que crean para la gloria de Dios, por amor al mundo y a su Hacedor Primero.

Él es absolutamente bueno; «es omnipotente», solía añadir la vieja teología. Pero si Él es omnipotente y, por tanto, responde por el mal y el sufrimiento del mundo, Él no es bueno.

Parece imposible salir del círculo de esta contradicción.

Pero el Señor crea de Sí. Todas las mónadas que se originan en Su profundidad llevan inherentes las cualidades de esta profundidad, incluida la libertad absoluta. De este modo, la propia creación divina limita al Creador, determina Su poder con la línea tras la cual están las libertades y los poderes de Sus criaturas. Pero la libertad –por eso es libertad– encierra la posibilidad de diferentes opciones. Y muchas mónadas

optaron por una elección negativa, por su exclusiva autoafirmación, por su apostasía. De ahí lo que llamamos el mal del mundo, de ahí el sufrimiento, de ahí las leyes implacables. Y de ahí también el que este mal y este sufrimiento puedan ser superados.

Las leyes preservan al mundo de convertirse en un caos. Los mismos demonios tienen que respetarlas para que los mundos no se hagan polvo. Por eso no derriban las leyes sino que las hacen más penosas. Las leyes son ciegas. Y no se las podrá iluminar en un abrir y cerrar de ojos, por medio de un "milagro" o por una intervención externa de la Deidad, sino por un larguísimo camino cósmico en que las mónadas apóstatas se vayan liberando de su mala voluntad.

En Dios se funden el amor universal y la creación inagotable. Todo lo vivo, incluido el hombre, se aproxima a Dios por tres atributos divinos innatos: la libertad, el amor y la con-creación con Dios. **La con-creación con Dios es la meta, el amor es el camino, la libertad es la condición.**

Las mónadas demoníacas son libres, como todas, pero su amor es hondamente deficiente. Es exclusivamente introvertido: el demonio sólo se quiere a sí mismo. Y como toda la poderosa reserva de amor presente en su espíritu se concentra sólo en esto, el demonio se ama con una intensidad que ningún ser humano puede igualar en el amor propio.

Las mónadas demoníacas tampoco pueden perder la facultad creativa. Pero la con-creación con Dios no les provoca sino el máximo odio. Cada demonio crea sólo para sí y en nombre propio.

La creación humana se convierte en la con-creación con Dios desde el momento y en la medida en que su irresistible impulso creativo se orienta, por esfuerzo de su voluntad y fe, no a conseguir fines egoístas –gloria, placer, éxito material, servicio a doctrinas bajas y crueles, etc.– sino al servicio del Dios de amor.

Estas tres palabras –libertad, amor y con-creación con Dios– son las que determinan la actitud de la Rosa del Mundo ante el arte, la ciencia, la educación, el matrimonio, la familia, la naturaleza, etc., e incluso ante elementos desatendidos por todas las religiones, como puede ser la mejora y el embellecimiento de la vida.

#### 4. El ser y la conciencia

Lo que he dicho hasta ahora nos acerca a un nuevo enfoque de la discusión sobre la importancia y primacía de la conciencia o el ser.

«La conciencia determina el ser», formulaban las escuelas idealistas. En la siguiente etapa –irreligiosa– de la cultura, esta fórmula se invirtió, pero su material quedó intacto. Y el resultado consistió en contraponer dos elementos, por lo cual la nueva fórmula heredó el primitivismo de su antecesora.

El problema es más complejo que estas fórmulas. Y a la vez es más sencillo que las pesadas estructuras de supuestos y conclusiones apiladas en los siglos XVIII y XIX para obtener un resultado a todas luces modesto.

«El ser determina la conciencia». «La conciencia determina el ser». ¿De quién el ser?, ¿de quién la conciencia?: ¿de una personalidad concreta?, ¿de la humanidad?, ¿del mundo?, ¿de la materia viva y consciente?

La conciencia de una personalidad concreta y aislada (hablaremos sólo del hombre, para simplificar) no es determinada por la conciencia de alguien ni por el ser en general, sino por una suma de factores. A saber:

- a) su propio ser físico;
- b) el ser de su entorno natural y cultural;
- c) las conciencias de multitud de hombres que viven ahora y que vivieron anteriormente, ya que sus esfuerzos han determinado en gran medida el medio cultural en que la personalidad se formó y que, finalmente, influye en su ser y su conciencia;
- d) la conciencia de la cantidad indeterminada de otros entes que han influido en el medio natural y lo han ido transformando;
- e) el ser y la conciencia de las jerarquías creadoras de mundos;
- f) el contenido supraconsciente pero individual, innato a la mónada de la personalidad dada;

- g) el ser-conciencia del Uno en quien el ser y la conciencia son Uno solo, y no categorías distintas, opuestas.

Si no se trata de una personalidad aislada, con su ser y su conciencia, sino del Universo o, más exactamente, de la aparición de la conciencia en la naturaleza orgánica de algunos mundos, resulta claro que en cuanto el Universo es determinado por el Uno, esta oposición entre ser y conciencia se suprime por la causa recién señalada.

Como el Universo es determinado por la obra de las mónadas divinamente creadas, pierde sentido el problema de cuándo o en qué momento habría aparecido en él la conciencia, después de algún período de inconsciencia. Porque sin las mónadas divinamente creadas, con su conciencia y su ser, tampoco habría podido aparecer materia alguna, ni orgánica ni inorgánica.

Podríamos ahora bromear con benevolencia sobre las primitivas fórmulas clásicas si no fuera porque una de ellas, el materialismo, erigida en dogma filosófico del despotismo político, no causara incontables desgracias al obstruir, como un tapón, las vías respiratorias del pensamiento de multitud de hombres, y cerrar el acceso de la espiritualidad a la esfera de sus conciencias.

La otra fórmula clásica, el idealismo, siendo igualmente errónea, es sin embargo menos peligrosa, por ser más espiritual. Pero ello no disculpa a las viejas religiones, con sus filsofemas, el haber malgastado tantos siglos en sutilidades escolásticas, sin acercarse un solo paso a resolver el problema fundamental del ser o la conciencia.

## 5. La estructura heteromaterial del hombre

Entre las múltiples capas de Shadanakar existe un mundo pluridimensional donde permanecen las mónadas humanas, unidades espirituales inmortales e indivisibles, los supremos Yo de los hombres. Dios, y solamente Dios, las crea, y algunas (pocas) las engendra

misteriosamente, y ellas entran en Shadanakar revistiéndose de la materia sutilísima que sería más correcto llamar energía. Esta substancia sutil impregna todo Shadanakar. Cada “espíritu” (Yo) individual, al entrar en nuestra branfatura se reviste inevitablemente de ella.

El mundo donde permanecen nuestras mónadas se llama **Iroln**.

La labor creativa que conduce a la iluminación del Universo es la tarea de cada mónada, menos de las demoníacas; y entre los humanos no hay mónadas demoníacas. Las mónadas humanas realizan esta labor en los mundos inferiores sujetos a su creación iluminadora, creándose allí, y para sí, envolturas materiales, e influyendo mediante ellas en el medio de las respectivas capas.

Ante todo la mónada crea un *shelt* con la materia de los espacios pentadimensionales y, posteriormente, un *cuerpo astral* con la materia de los espacios cuatridimensionales. Las dos envolturas a menudo convergen en nuestra mente bajo el vocablo “alma”.

El *shelt* es el receptáculo material de la mónada con todos sus atributos divinos, y es su instrumento más inmediato. No es la mónada, que se queda en el Iroln pentadimensional, sino el *shelt* lo que constituye el “yo”, el que inicia su peregrinaje por las capas inferiores. El *shelt* es creado por la mónada misma; pero en la creación del cuerpo astral participa el gran elemental Madre Tierra. Ésta ayuda a crear cuerpos astrales de todos los entes de Shadanakar: hombres, ángeles, daimones, animales, elementales, demonios e incluso grandes jerarquías cuando ellas bajan a las capas donde el cuerpo astral es indispensable. Este cuerpo es el instrumento superior del *shelt*. Concentra las facultades de visión, oído y olfato espirituales, la memoria profunda, la facultad de vuelo, la de comunicarse con los sincretis, daimones, elementales y ángeles, e incluso la facultad de percibir perspectivas y panoramas cósmicos.

Luego la Madre Tierra, fecundada por el espíritu del Sol, crea para la mónada que encarna un *cuerpo etérico* sin el cual es imposible vida alguna en mundos de tres y cuatro dimensiones. Cuando el *shelt* con todas sus envolturas, incluyendo la etérica, abandona el cuerpo físico –el más externo, efímero y último de sus recipientes– en Enrof sólo queda el cadáver. Nuestro cuerpo físico es creado por las jerarquías

angelicales, creadoras de la materia misma, y por **Lilith**, uno de los grandes elementales de la humanidad, quien esculpe con esa materia tridimensional la cadena de la familia. Pero la mónada misma también influye en este acto mediante el shelt, dando al eslabón de la familia su propia individualidad.

Así concluye el proceso de descenso para iniciar el ascenso.

El cuerpo físico puede ser adoptado por la mónada una o muchas veces. Y el cuerpo etérico se crea de nuevo sólo en caso de que su portador, caído bajo la ley del castigo, haya tenido que transitar por los círculos de grandes tormentos.

En el camino ascendente el cuerpo etérico acompaña al portador por todos los mundos de Iluminación, hasta los zatómises: moradas de la humanidad iluminada, urbes celestiales de las metaculturas. Este cuerpo se compone de una substancia vital, no universal, pero esparcida por todos los mundos tridimensionales y cuatridimensionales. Recordando la antiquísima revelación de la humanidad sería justo llamarla *arungvilita-prana*.

El cuerpo astral acompaña al portador más arriba, hasta la sacuala de Alto Deber, y más arriba sólo queda el shelt definitivamente iluminado y fusionado con la mónada. Entonces la mónada abandona Iroln y, revestida de un shelt extremadamente sutilizado, ingresa en la escalera de los mundos más altos de Shadanakar.

En las siguientes partes del libro se tratará de todas estas capas. Muchas serán descritas en lo posible, y mucho lamento no poder detallar más la interacción de las diversas envolturas de la mónada, ni las funciones y la estructura de cada una de ellas.

## 6. Las metaculturas

La estructura de Shadanakar –cuya colosal problemática pronto abordaremos– quedará incomprensible en sus bases mismas si no se

explica previamente qué es el suprapueblo, la metacultura y el trans-mito.

Bajo el término de “suprapueblo” se entiende un grupo de naciones unidas por la cultura común que crean en conjunto; o bien una nación concreta si ha creado sola su cultura, alcanzando alto grado de esplendor e individualidad.

Se supone con ello que no existen culturas absolutamente aisladas, sino que todas ellas se interrelacionan de algún modo; pero en conjunto cada cultura es bastante original y, pese a influir en otras, podemos considerar que en toda su plenitud sigue siendo patrimonio de un solo suprapueblo, su creador.

Podríamos prescindir del concepto de suprapueblo en la presente concepción si no tuviese, junto con la histórica, una importancia también metahistórica. Ésta consiste en que la originalidad de un suprapueblo no se limita a la esfera cultural en Enrof sino que repercute también en muchas capas heteromateriales, tanto de escala ascendente como descendente, pues algunas zonas de estas capas son influidas sólo por el suprapueblo en cuestión. No se olvide que por suprapueblo se entiende el conjunto, no sólo de las personalidades que tiene ahora, no sólo de nuestros contemporáneos, sino también muchos de los que pertenecieron a él antes, hasta en los albores de su historia, y que luego, en sus postrimerías, han actuado y actúan en las capas transfísicas vinculadas a este suprapueblo.

Se eleva sobre la humanidad una escala de capas que son comunes para todos los suprapueblos, pero sobre cada uno de ellos cambian de color, de fisonomía, y de contenido. Las hay sólo presentes sobre un suprapueblo. Lo mismo ocurre también con los mundos demoníacos de escala descendente que existen como por debajo de los suprapueblos. De este modo, una notable parte de Shadanakar consta de aislados segmentos integrados por capas múltiples; la capa de Enrof es ocupada, en cada segmento, por un solo suprapueblo y su cultura. Estos segmentos de Shadanakar, de capas múltiples, se llaman *metaculturas*.

Cada suprapueblo posee su mito, que no se crea sólo en el período infantil de su historia. Y como el uso tradicional de la palabra “mito”

no coincide con el significado que se le atribuye aquí, debo aclarar con precisión mi concepto de esta palabra.

Cuando hablamos de un sistema estrictamente coordinado de imágenes nutridas ideológicamente, que encarnan una doctrina internacional de gran alcance y se han expresado en tradiciones y en el culto, en teosotemas y filosotemas, o en monumentos literarios y artes plásticas y, al fin, en un código moral, hablamos de los *mitos de grandes religiones internacionales*.

Estos mitos son cuatro: hinduista, budista, cristiano y mahometano.

Cuando hablamos de un sistema estrictamente coordinado de imágenes nutridas ideológicamente, y que determinan la actitud de un suprapueblo ante Enrof y ante los mundos transfísicos y espirituales, un sistema refundido en cierta religión y de papel muy notable en la historia del suprapueblo dado, pero que casi no ha rebasado sus límites, hablamos de los *mitos religiosos nacionales de suprapueblos concretos*. Estos mitos son: egipcio, antiguo iraní, hebreo, antiguo germánico, galo, azteca, incaico, japonés y algunos otros.

Cuando nos referimos a un mundo de imágenes, igual de ideológicamente nutridas y, quizás también vinculadas –aunque no tan estrechamente– a ideas de orden religioso y moral, pero que no han conformado un sistema armonioso y que reflejan una serie de verdades generales de índole moral, transfísica, metahistórica o universal y en relación justamente a lo dado y a lo que debe ser esta cultura, nos referimos a los *mitos generales de suprapueblos*. Estos son los mitos del suprapueblo suroccidental o católico–romano, el suprapueblo noroccidental o germano–protestante, el suprapueblo ruso\*.

El cuarto y último grupo es de los *mitos nacionales generales*: son mitos de etnias concretas que integran un suprapueblo pero que en su

\* En algunas culturas, como la greco–romana o la babilónico–asirio–canaana, el desarrollo de los mitos rebasó el estadio de “general” pero no formó un sistema lo bastante estricto para que pudiéramos incluir el mito olímpico o babilónico en el grupo de mitos religiosos nacionales de suprapueblos.

propio seno crean, completando el mito general del suprapueblo, su variante particular, muy local, no refundida en ningún sistema estricto ni religión alguna. Podríamos aducir como ejemplos los mitos paganos de las tribus eslavas, tribus finesas, tribus turcas, así como los mitos de algunas tribus atrasadas de la India. En el fondo, el estado embrional de los mitos de las etnias se descubre en muchas formaciones étnicas, pero rara vez adquieren una fisonomía bien perfilada.

No aplicaremos la voz *mito* a ningún otro fenómeno en la historia de la cultura.

Así, los tres últimos grupos de mitos pertenecen a lo específico de culturas concretas. Y el primer grupo, los mitos de las religiones mundiales, se vincula místicamente (salvo uno) a las capas de Shadanakar que ya se sitúan más alto que sus zonas segmentarias denominadas metaculturas.

Creo que el concepto de mitos religiosos nacionales se percibe con facilidad. Pero los mitos generales de suprapueblos necesitan, para mayor claridad, un par de definiciones adicionales:

1) Definición inductiva.

El mito general del suprapueblo es la suma de sus nociones sobre el cosmos transfísico, la participación en él de la cultura dada y de cada “yo” que la integra\*; nociones que esta cultura elabora y refunde en ciclos de ideas filosóficas y religiosas, de imágenes artísticas, conceptos ético–sociales, preceptos político–estatales y, por fin, de normas generales de la vida popular que se realizan en el rito, en el modo de vida cotidiana, en la costumbre, etc.

2) Definición deductiva.

El mito general de suprapueblo es la *concienciación por el suprapueblo*, en persona de sus representantes más creativos,

\* Aquí el concepto de “cultura dada” puede comprenderse con una precisión no superior a la de los greco–romanos, por ejemplo, con su oposición al resto de la humanidad como bárbara.

*de cierta segunda realidad* que permanece velada sobre él, que él integra con parte de su ser y que entraña la dirección de su devenir y las raíces de su destino; una conciencia enturbiada por adiciones ajenas, surgidas de la desordenada naturaleza humana.

Esta segunda realidad, objeto de la aprehensión transfísica y metahistórica, artística y filosófica, puede designarse convencionalmente con el término de *trans-mito*.

Se entiende que el grado de distinción entre mito y trans-mito puede ser muy variado. La limitación de los que han percibido el trans-mito a través de la intuición, sueños, inspiraciones artísticas, la contemplación religiosa, la iluminación metahistórica, etc; las particularidades nacionales, de época, clase o personales, propias de estas conciencias y de la esfera subconsciente de su ser, participante activo en el proceso; la imposibilidad de encontrar en palabras o imágenes del arte tridimensional analogías exactas para expresar la realidad de mundos de dimensiones diferentes: ¿no deja todo esto de causar incontables aberraciones, de obstruir el mito con lo casual, inexacto, antropomorfo, primitivizante, hasta malogrado? Pero el mito es dinámico, avanza en el tiempo, evoluciona, cambia de semblantes, y sus fases posteriores suelen acercarse más al trans-mito, porque en los siglos transcurridos las propias conciencias perceptoras se han hecho más sutiles, más ricas, perspicaces y amplias.

Entretanto el propio trans-mito evoluciona también. La realidad del más allá está llena de movimiento bullicioso; no se trata nunca de una situación estática. ¡Cuánto se diferencian las ciudades fortalezas de la época de los Merovingios, comparadas con el París actual! Pues de igual modo se distinguen los paisajes, las edificaciones y todo el contenido de los trans-mitos en el período de su aparición y al final de su desarrollo metahistórico.

Pero en todos los estadios que el trans-mito suprapopular pasa en su evolución están presentes, a la par con el pueblo de Enrof que lo aprehende, también otras dos realidades, otras dos capas, dos polos de

la esfera metacultural. En torno y entre ellos existen también otras capas, pero cada una de éstas surgió más tarde, o ha sufrido cambios radicales; algunas desaparecieron.

Sólo son incommovibles y duraderas tres regiones: en Enrof el suprapueblo; en un espacio heterodimensional superior a él, la morada de sus almas iluminadas, las urbes sagradas, el país celestial de la metacultura; y abajo, en los mundos de escala descendente, el antipolo del país celestial, la ciudadela que se edifica en mundos vinculados a los estratos profundos, en el cuerpo físico del planeta. Allí se concentran las fuerzas demoníacas de la metacultura dada.

Los países celestiales, con todo su contenido, se denominan *zatómises*; las ciudadelas subterráneas se llaman *shrastrés*.

De estos dos polos, los *zatómises* suelen reflejarse en los mitos de modo más brillante y nítido. Por el contrario, las imágenes de los *shrastrés* no siempre se presentan en forma más o menos acabada. Pero los *zatómises*, moradas de los Sincretis de las metaculturas, pueden hallarse en los mitos de todos los suprapueblos sin excepción, tanto en los mitos religiosos como en los mitos generales. Por ejemplo, así es el Eanna de los babilonios: el zigurat en la ciudad de Erech semejaba –según creían los sumerio-acadios– al monte de los dioses, el Eanna Celestial. Y más tarde los babilonios atribuyeron un sentido análogo a la principal edificación cultural de su gran urbe, el templo Esagila de siete gradas. Así es el Olimpo de los greco-romanos; el Sumera (Meru) de los indios, Olimpo hindú en cuyas laderas brillan las urbes celestiales de los dioses del hinduismo. Así son las imágenes del Paraíso-Edén en las metaculturas Bizantina y Católico-Romana; o el Jannat en la Árabe-Musulmana, el Shang-Di en la China, el Montsalvat en la Noroccidental, y el Kitege en la Rusa.

Al intentar divisar –entre las arremolinadas nubes de artes, creencias, mitologías y organizaciones de pueblos– el país celestial de la metacultura Noroccidental, no se debe olvidar ni un instante que los suprapueblos, mientras existen en Enrof, nunca concluyen la creación de sus mitos. Cambian las formas de expresión; nuevos grupos humanos

avanzan como intérpretes en el escenario histórico; la misión creadora del mito pasa de autores anónimos del folklore y rito a pensadores y artistas cuyos nombres se envuelven en oleadas de amor popular; pero el mito vive. Vive ahondándose, llenándose del nuevo contenido, revelando en símbolos viejos significados nuevos e introduciendo nuevos símbolos. Y lo hace, primero, conforme con el estadio más alto del desarrollo cultural general de los perceptores y, segundo, acorde al desarrollo metahistórico vivo del propio trans-mito.

El país celestial de la cultura Noroccidental se nos presenta en la imagen de Montsalvat, cima montañosa eternamente fulgurante donde, de siglo en siglo, los caballeros justos guardan en un cáliz la sangre del Logos Encarnado recogida al pie de la cruz por José de Arimatea y entregada al peregrino Titirel, fundador de Montsalvat. A cierta distancia de Montsalvat se eleva el castillo fantasmal creado por el mago Klingsor: centro de las fuerzas apóstatas que con tenacidad insuperable pretenden derribar el poder de la hermandad que custodia la reliquia y el misterio sublimes. Son dos polos del mito general del suprapueblo noroccidental, que pasan desde los autores anónimos de las antiguas leyendas celtas, por Wolfram de Eschenbach, hasta Ricardo Wagner. Suponer que esta imagen se haya revelado definitivamente con el *Parsifal* wagneriano no es nada indiscutible, y además prematuro. El trans-mito de Montsalvat crece, y por ello es cada vez más grandioso. Esperemos que de la masa de los pueblos noroccidentales emerjan aún pensadores y poetas a los que la iluminación metahistórica permita conocer y reflejar el país celestial de Montsalvat en su forma actual.

Es fácil comprender que la mayoría de las imágenes humanas, hasta las más inmensas, del mito Noroccidental no tienen, ni pueden tener relación directa con la imagen de Montsalvat. Esperar una relación indispensable y directa sería mostrar un enfoque estrecho y formalista, hasta la incompresión total de lo que es un mito general de suprapueblo y no un mito religioso nacional.

A fin de cuentas, toda imagen humana, creada por algún gran escritor, artista o compositor –que prolonga su vida en la conciencia y la subconsciencia de millones de humanos y deviene patrimonio interno

de cualquiera que perciba esta imagen creativamente– toda imagen así, es mítica: Crimilda y Ofelia, Mackbeth y Brand, la Ester de Rembrandt y la Margarita de Goethe, Egmont y Mr Pickwick, Juan Cristóbal y Jolion Forsight, son míticos en la mismísima medida que Lohengrin y Parsifal. Pero ¿en qué consiste el vínculo de las imágenes artísticas, de las ideas filosóficas y sociales de la cultura Noroccidental, con Montsalvat y el castillo de Klingsor?

Los polos de todo mito suprapopular se ciñen con multitud de círculos, de mundos enteros de imágenes cuyo vínculo con el centro no está en su dependencia argumental sino en la afinidad interna, en la posibilidad nuestra de pensar estas imágenes, y aprehenderlas por la contemplación metahistórica, en el centro del mito o cerca de él.

Fausto, por supuesto, no es Merlín; ni el Caín byroniano es Klingsor; ni Peer Gynt es Anfortas; y al Manuel Quint hauptmanniano, a primera vista, parecería extraño compararlo con Parsifal. La imagen de Kundry –tan notable en el centro del mito– no ha recibido quizás ningún paralelo equivalente en su periferia. Por otro lado, no hallaremos en el centro del mito noroccidental ningún prototipo de Hamlet o Lear, de Margarita o Solweig. Pero sus miradas se dirigen hacia allí; en sus ropajes puede notarse el reflejo rojizo o bien del Grial, o bien de las luces hechiceras de Klingsor. Estas colosales figuras elevadas en diversos escalones del realismo artístico, o en diversos estadios de la iluminación metahistórica, parecen estatuas que custodian el ascenso por las gradas hacia el santuario donde permanece el sublime misterio de los pueblos noroccidentales. La reliquia sagrada parece emitir oleadas espirituales de la benevolente Providencia, sobre países envueltos en tinieblas cada vez más espesas.

Los brillos que irradia esta reliquia, o que irradia el otro polo del mismo mito –el castillo diabólico de Klingsor– ¿los divisamos únicamente en las leyendas de los Caballeros de la Tabla Redonda, o en los misterios del Bayreuth?

Si Montsalvat ha dejado de ser para nosotros una simple imagen poética entre otras tantas, una leyenda o una melodía musical encantadora, y adquirió su verdadero significado –de realidad superior– divisaremos su brillo reflejado en abadías góticas y conjuntos barrocos,



en lienzos de Ruysdael y Durero, en paisajes del Rin y el Danubio, Bohemia y Bretaña, en los vitrales—rosa detrás de altares de las iglesias o, en fin, en el culto austero y severo del luteranismo. Este brillo nos será evidente, también, en los parques palaciegos del Rey Sol —privados de Dios y de alma— y en los contornos de las ciudades que asoman allende el océano cual enormes pamires de rascacielos. Lo veremos en la lírica de los románticos y en las creaciones de grandes dramaturgos, en la masonería y el jacobinismo, en los sistemas de Fichte y Hegel, e incluso en las doctrinas de Saint—Simon y Fourier.

Se requeriría un trabajo especial para mostrar que el poder de la ciencia moderna, los milagros de la técnica, así como las ideas del socialismo y hasta del comunismo por un lado, y del nazismo por otro, se relacionan por la esfera del mito de Montsalvat y el castillo de Klingsor. Nada, ningún descubrimiento científico de nuestros días, terminando con el dominio de la energía atómica, saca a la humanidad noroccidental de los marcos trazados por el simbolismo profético de este mito.

Creo que el que lea el presente libro aclarará estas interrelaciones, aún no reveladas.

He tocado el tema de una de las metaculturas con su mito y trans—mito sólo para ayudar, con imágenes concretas, a que se comprenda la idea de los países celestiales de la humanidad, que permanecen en las capas iluminadas sobre las cimas de las metaculturas, sin por ello olvidar sus antípodas: fortalezas de principios apóstatas que crean activamente su anticosmos y luchan con las fuerzas de la Luz en todos los suprapueblos de Enrof, en todas las capas, en todas las zonas metaculturales.

Pero la escalera de las capas de Shadanakar no termina con los segmentos de las metaculturas, porque más allá se elevan mundos de cinco y seis dimensiones, también reflejados, aunque más confusamente, en los mitos y religiones de la humanidad. En este sentido el nombre de “trans—mito” también es aplicable a muchas de aquellas capas. Pero en su acepción más estrecha y elevada el término de “trans—mito” se

aplica a una sacuala especial: un sistema de mundos con cinco dimensiones de espacio y gran número de coordenadas de tiempo.

Se trata de cinco pirámides grandiosas, maravillosas y transparentes, como iluminadas desde dentro con el resplandor solar, que se alzan inamovibles sobre Enrof. Y no sólo Enrof, sino también los países celestiales de las metaculturas, parecen, desde allí, sumidos en un abismo de penumbra. Estos mundos son aspectos supremos de tres (¡no de cuatro!) grandes religiones mundiales y de dos religiones que apenas rompieron su hermetismo nacional por varias causas históricas, pero que sin embargo ostentaron el brillo tanto de sus zatómises como de esta sacuala muy superior. Sobre esta sacuala hablaremos con más detalle en uno de los próximos capítulos.

Quiero también hacer otra observación. Muchos lectores de este libro creo que se preguntarán perplejos: ¿por qué no son rusos todos los términos y nombres nuevos que designan los países del mundo transfísico y las capas de Shadanakar, incluso los nombres de casi todas las jerarquías? Ello es así porque la metacultura rusa es una de las más jóvenes y cuando comenzó a surgir su Sincretis ya todo estaba nombrado por otros. El sonido de esas voces recuerda más a menudo el sánscrito, el latín, el griego, el hebreo y el árabe, y a veces lenguas aun más antiguas que no conoce, por ahora, ningún filólogo, y por supuesto que tampoco conozco yo; sólo por estas voces aisladas juzgo sobre su extraña fisonomía fonética.

Ahora creo que ya he dicho todo lo necesario para la mejor comprensión de las ulteriores partes del libro. Tenemos por delante cuatro partes dedicadas casi por entero a describir la estructura de Shadanakar: cierta geografía transfísica.

Sólo al formarse una idea, al menos más general, del escenario y personajes del misterio metahistórico, se podrá acceder a las partes que explican los propios procesos metahistóricos, en especial la metahistoria de Rusia y su cultura, como también a la metahistoria de la actualidad. Todo ello tiene que ver con las tareas, con el programa concreto de la Rosa del Mundo, con la exposición de los caminos históricos que posibiliten la unión pacífica de la humanidad en un solo organismo. Se apunta hacia la abundancia universal, la educación de las generaciones

de su propia imagen ennoblecida, la transformación del planeta en un jardín y el Estado mundial en una hermandad.

De ahí se tenderá un puente a los últimos capítulos: algunos pronósticos históricos remotos, el problema de los cataclismos finales de la historia universal y el paso de Enrof, inevitable aunque catastrófico, a una materialidad superior, diferente, a otra capa de la existencia. Las últimas páginas refieren las perspectivas cósmicas que se abrirán con ello.

## II

### ESTRUCTURA DE SHADANAKAR MUNDOS DE ESCALA ASCENDENTE

#### 1. Sacuala de Iluminación

No sé dónde ni cuándo moriré esta vez; pero sí sé dónde y cuándo morí la última vez, antes de nacer en 1906 para mi vida en Rusia. Este conocimiento no tiene desde luego importancia general, y sólo puede interesar a quienes sepan tratar con confianza mis testimonios y sientan – además – un vínculo kármico con mi destino. Pero mi conocimiento sobre algunas etapas del camino recorrido entre mi penúltima existencia y la actual tiene un interés objetivo más amplio. Puedo y debo contar lo más esencial de cuanto he logrado recordar poco a poco. Por cierto, es mejor no decir “he logrado” sino “me han ayudado a recordar”.

A veces he encontrado personas que también tenían entreabierto su memoria profunda pero ninguno se decidía a comentarlo casi con nadie; y a nadie se le ocurrió, ni por asomo, dejar estos recuerdos en forma escrita, por la seguridad de que semejantes confesiones podrían provocar sólo burlas y por el pudor natural del alma, que no quiere someter al juicio de gente ajena y extraña algo íntimo, intocable y a la vez imposible de demostrar. Durante muchísimo tiempo también yo lo vi de la misma manera; incluso ahora lo intento sin que me agrade en lo